Los Elefantes

A la memoria de Francisco Ferrer

Marchan con sus andares pensativos y oleosos
como de multitudes—rumiando silenciosos
la nostalgia de aquellos amplios bosques distantes
que los vieron cachorros, juguetones y briosos
y aguardan su retorno—los viejos elefantes.

Los ojos impregnados de una tristeza amarga,
las trompas desmayadas al peso de la carga
bajo los pabellones de sus grandes orejas
colgantes, que el cansancio de la existencia embarga,
parecen de la inopia las formidables quejas.

Sus piernas, avanzando como troncos de *hitabos*
que algún mandato extraño moviera, ante los rabos
pelados como látigos, diríanse en la sombra
del crepúsculo, lentas procesiones de esclavos
hollando del camino la polvorosa alfombra.

Esclavos son. La fuerza terrible que almacena
su contextura atlética, se dobla á la condena
de la audacia del hombre, muñeco desmedrado
que asombra con su alarde y á su alarde encadena
los más recios vigores que á su paso han brotado.

¡Pensar que aquellas moles cuyo empuje invencible
podría ante su marcha derrumbar lo imposible,
resignan su entereza para aceptar los yugos
que pone á sus impulsos la sed inextinguible
de una arrogante raza de locos y verdugos!

¡Pensar que por ignoto secreto de la vida
una tal fortaleza que debió ser temida
abatió sus arranques naturales, medrosa,
cuando pudo á sus plantas tener desvanecida
la violencia que el miedo cree todopoderosa!

Libres los elefantes en la naturaleza
nacen, crecen y viven, sintiendo la grandeza
de su poder; los bosques, tiemblan á sus bramidos;
y allí por donde pasan rompiendo la maleza,
los troncos de los árboles quedan sobrecogidos.

Mas pronto el cautiverio los ata; en traicioneras
emboscadas los cazan, y arriando sus banderas
—las trompas—se someten resignados y mansos.
Parecen cataratas espumantes y fieras
que cayeran vencidas en tranquilos remansos.

Soportan luego todos los pesos abrumantes,
las hambres, las jornadas penosas y distantes,
la vida sin halagos de amor, y las extrañas
piruetas que degradan sus cuerpos arrogantes
que copian los contornos de todas las montañas.

Son dulces como niños; amantes de las flores,
aspiran la delicia de todos los olores
y tienen en sus gustos los caprichos más varios:
son generosos, fingen gravedad de señores,
aspecto de filósofos, gesto de visionarios.